



EL
EVANGELIO
EN TRIUNFO



B2145
.E82
E8
1853
c.1

008137



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



W
226
B

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
CAPILLA ALFONSO DE BUENOS AIRES
4-21-83 MICROFILMS R-54

EL
EVANGELIO EN TRIUNFO,

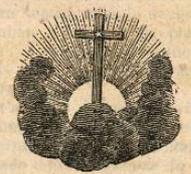
6

HISTORIA
DE UN FILOSOFO DESENGAÑADO.

LO PUBLICA SIMON BLANQUE



AVARDE Y LETTES
FONDO EMETERIO



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

MEXICO, 1853.

Imprenta de M. Murguía y Compañía,
Portal del Águila de Oro.

44789

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

B 2145
-E85
E R

EVANGELIO EN TRIUNFO

MEXICANA

DE UN FILOSOFO DESENGAÑADO

LO PUBLICA SIMON BLANQUET



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ



Copilla Alvarado
Biblioteca Universitaria

MEXICO, 1833

44788

Imprenta de M. Minerva y Compania
Por el Sr. Juan de Dios

PROLOGO DEL AUTOR.

Un destino tan triste como inevitable me condujo á Francia; mejor hubiera dicho, me arrastró. Yo me hallaba en Paris el año de 1789, y ví nacer la espantosa revolucion que en poco tiempo ha devorado uno de los mas hermosos y opulentos reinos de la Europa. Yo fui testigo de sus primeros trágicos sucesos; y viendo que cada dia se encrespaban mas las pasiones y anunciaban desgracias mas funestas, me retiré á un lugar de corta poblacion.

Mi designio era ocultarme la vista de objetos tan terribles y apartarme de los peligros y de las contingencias; mi deseo, vivir ignorado, repasar en la amargura de mi corazon los dias pasados de mi vida y meditar los años eternos. Mas ¡ay! la discordia, el desórden y las angustias se habian apoderado hasta de los rincones mas ocultos, y no quedaba asilo para la paz del alma.

A pesar de la distancia y de la ausencia, mi corazon estaba continuamente destrozado. Las funestas noticias con incesante y rápido progreso se repetian y multiplicaban; los correos se atropellaban unos á otros, y todos trajan nuevos motivos de asombro y de dolor.

Nos referian las sediciones, los incendios, las devastaciones y la no interrumpida efusion de sangre de que era teatro toda la nacion. Nos contaban los nuevos decretos que lo trastornaban todo, echando por tierra los establecimientos mas útiles y respetables. Lamentamos la muerte trágica del rey, la de su familia desgraciada y las de otras muchas victimas ilustres é inocentes, dignas de suerte menos desventurada.

Peró lo que acabó de colmar la medida de tantos horrores, fué el repentino abandono, la abolicion súbita y entera de la religion y de su culto. Yo ví que un dia, sin órden y por un movimiento popular que excitaron algunos impios, el templo en que habiamos derramado tantas lágrimas de compuncion y amor á los piés de Jesucristo, la iglesia en que celebráramos todos los dias los terribles misterios, fué trasformada en templo profano que llamaron de la razon.

Este abominable espectáculo no era mas que una repeticion de lo que se hacia en todas partes. Desde aquel fatal dia todos los altares de la Francia fueron despojados con violencia de las estatuas de los santos para ser consagrados á los ídolos. Marat y Pelletier ocuparon los nichos de que se sacó con oprobio á san Pedro y san Pablo. El Dios de los cristianos y sus ministros fueron arrojados del sagrado recinto; y en vez de los himnos religiosos que se

003137

entonaban al Dios de los ejércitos, no se escucharon ya mas que cánticos profanos, cantares lúbricos . . . en fin, las casas de oracion se convirtieron en teatros inmundos destinados á fiestas sacrílegas y obscenas.

¿Quién podía imaginar que en una nacion de las mas ilustradas se pudiese ver trastorno tan horrible? ¿qué se hallasen en ella tantos individuos que á la voz de algunos incrédulos se prestasen con tanto furor á tal extremo de iniquidad? ¿qué la masa del pueblo mas numerosa y menos corrompida viese casi con indiferencia ultrajar una religion santa y antigua, la misma que despues de tantos siglos habian abrazado sus mayores? Esto parece increíble; pero lo cierto es que el movimiento fué tan violento y general, que las muchas almas religiosas que lloraban en secreto insultos tan execrables, no pudieron resistir á este torrente de depravacion.

No era difícil conocer, que la causa de todo esto era el funesto influjo de los modernos sofistas. Muchos años antes con la licencia de los escritos se habia multiplicado el número de sus sectarios; sobre todo entre las gentes de cierta clase, que con mas fortuna y otra educacion, querian vivir á gusto de sus pasiones, y aspiraban á distinguirse por opiniones atrevidas. Pero aunque esta fuese la causa principal, yo creí descubrir otra mas inmediata en la ignorancia de los pueblos. Poco instruidos en su religion, nada enterados de los fundamentos que persuaden su divinidad, miraban con cierta indiferencia los graves daños que se le hacian.

En la viveza de mi dolor yo acusaba al gobierno de haber dejado propagar esta secta impía y destructora; me quejaba del clero, que no conoció el peligro ó no supo á tiempo tomar medidas eficaces para precaverle; me consternaba al ver que la muchedumbre por ignorancia y por no tener una idea viva y segura de la verdad de la religion, la dejaba envilecer, y sufría con frialdad la cesacion de todo culto sin presentar la menor oposicion á excesos tan horribles, y empecé á sentir qué falta era la de no haberla instruido y qué riesgo corren las demás naciones que no lo están.

Pero lo que me sorprendió mas que todo, es que yo mismo considerando los medios de mejorar esta tan importante, ó para decirlo mejor, la única parte esencial de la instruccion pública, no pude encontrar entre los libros que conozco, uno á mi satisfaccion, que por sí solo pudiese dar una idea completa del sublime plan del cristianismo, enseñando al mismo tiempo las innumerables pruebas que demuestran con evidencia su verdad.

No ignoraba que todas las naciones cristianas tienen sus catecismos, y que entre ellos hay muchos excelentes. Habia leído el de Trento y otros; pero esto no me bastaba, porque estas admirables instrucciones enseñan lo que se debe creer, pero no enseñan con la extension que exigen las circunstancias de estos tiempos calamitosos, la razon por qué se debe creer; esto es, no explican los motivos de nuestra creencia, ni exponen las razones evidentes y los incontrastables fundamentos en que estriba la religion cristiana y que convencen de su divinidad y certidumbre.

Tampoco ignoraba que hay muchos libros en que pueden aprenderse estos puntos, y que los hombres instruidos los conocen; pero no se me ocultaba que los que los saben, no han podido adquirir este conocimiento ilustrado de su fe sino con mucha aplicacion y estudio; que el pueblo no tiene tiempo ni proporciones para hacerlo, y que si se desea que aprenda los fundamentos de su religion, es menester recogerlos y ponérselos en la mano, dándoselos en un libro

conciso, con un método claro y en estilo simple y proporcionado á su inteligencia.

Este debia en mi juicio ser un libro clásico, elemental, que era menester propagar en todas las clases del Estado hasta llegar al pueblo. Me parecia que si todos estuvieran persuadidos por convencimiento íntimo de que la religion viene de Dios, no solo su fe seria mas viva y constante, no solo sus costumbres serian mejores, sino que no seria tan fácil desquiciarlos de su creencia en las turbaciones inseparables de la inconstancia de las cosas humanas. Si el pueblo francés hubiera estado mas instruido de la verdad de su religion, la falsa filosofia no hubiera hecho tantos progresos, ó á lo menos hubiera encontrado una gran resistencia á sus insultos.

Pero si este libro existe, ¿cómo ó por qué no está en mano de todos? Y si no existe, ¿cómo los que por interés ó por amor desean que la religion se conserve, no se apresuran á producirle y propagarle? ¿No es ya tiempo de precaver peligro tan horrible? ¿no estamos en el caso de que se tomen las medidas mas eficaces? Hubiera dado mi vida por tener las luces y el talento suficientes para formar un libro tan precioso, tan necesario y que consideraba como el mejor preservativo; pero esta empresa tan fácil para otros era muy superior á mis alcances.

La Francia estaba entonces cubierta de terror y llena de prisiones. En ella se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los mas nobles, los mas sabios, ó los hombres mas virtuosos del reino. Yo no tenia ninguno de estos títulos, y por otra parte esperaba que el silencio de mi soledad y la oscuridad de mi retiro me escondieran de tan general persecucion; pero no fué así. En la noche del 16 de abril de 1794, la casa de mi habitacion se halló de repente cercada de soldados, y por orden de la junta de seguridad general fué conducido á la prision de mi departamento.

En aquel tiempo la prision era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme á las órdenes de la divina Providencia; pero mientras llegaba el término fatal, buscaba algun objeto en que ocuparme: el tiempo es siempre largo en una prision, y la ociosidad le haria eterno. Lo primero que me presentaba mi imaginacion, era este libro necesario; pero pobre de mí ¿qué podía hacer yo? viejo, secular, sin mas instruccion que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel, con pocos libros que me guiasen y ningunos amigos que me dirigiesen.

Buscaba otras ideas; pero como el enfermo que sufre algun dolor por mas que yo para divertirse piense en otros objetos no puede olvidar lo que le aflige, así volvía yo al deseo que me atormentaba. La obrita del abate Lamourette que yo tenia á la mano, al mismo paso que me daba algunas ideas para ejecutar mi pensamiento, encendia mas mis deseos; pero el cielo, que favorece las buenas intenciones, dispuso que en la misma prision tuviese en mis manos un manuscrito que contenia la historia reciente de un filósofo muy conocido, en una serie de cartas escritas por él mismo y por algunos de sus amigos. Este era un hombre que no dejaba de tener algun talento y que nació con muchos bienes de fortuna; pero habiendo recibido en su niñez la educacion ordinaria, habia aprendido superficialmente su religion, no la habia estudiado despues, y en su edad adulta casi no la conocia, ó por mejor decir, solo la conocia con el falso y calumnioso semblante con que la pinta la iniquidad sofística.

Era consiguiente que se dejase alucinar con sus delirios y que se abandonara

ra largo tiempo á sus pasiones. Un infortunio le condujo á donde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad, y á pesar de su oposicion natural, y lo que es mas, de sus envejecidas malas costumbres, no pudo resistir á su evidencia; y después de quedar convencido, tuvo valor, con la asistencia del cielo, para mudar sus ideas y reformar su vida.

No me fué posible desconocer la mano de la Providencia, que en aquellas circunstancias me ofrecia mas de lo que yo deseaba, pues aquel manuscrito no solo expone las pruebas fundamentales de la religion que desengañaron y convencieron al filósofo, sino que este puso en práctica los medios que la misma religion enseña para recobrar la gracia, y se aplicó en los últimos años de su vida á juntar con las virtudes cristianas el ejercicio de las civiles y el desempeño de todas las obligaciones de su estado: así pues, su conducta ofrece ejemplos muy útiles y saludables para todas las situaciones de la vida.

Parecióme tambien que este método histórico tenia la ventaja de exponer la instruccion sin el tono frío y dogmático que desagrada tanto al que no la busca. Es difícil que un ánimo pervertido se entregue á la lectura de un tratado didáctico que no esconde su pretension de enseñar y convertir; pero una historia, que no pretende mas que contar, sostenida con los hechos y animada con los diálogos, puede tal vez despertar la curiosidad, interesar á los lectores y aficionarlos á su doctrina.

Lo que sobre todo me animó, fué la conformidad de nuestras ideas en la necesidad de que se instruya mejor á los pueblos y se les entere de la certidumbre y divinidad de su religion; y recibí mucha complacencia cuando lei los medios prácticos que aconseja á los príncipes, al clero, á los predicadores, universidades y padres de familia de las naciones cristianas, para que se reúnan y contribuya cada uno eficazmente con los medios mas activos á la propagacion de una enseñanza tan importante á la felicidad de todos.

Comprendí, pues, que podia ser útil la publicacion de estas cartas, especialmente en España, donde el cristianismo tiene su mejor trono. Esta nacion generosa abunda de ingenios superiores, que á los ejercicios prácticos de la religion, juntan todas las luces para escribir este libro necesario, y ella misma se compone de un pueblo que es cristiano desde la cuna y religioso por instinto y por ejemplo. Me pareció que le recibiria con gusto y con respeto, y que entonces añadiendo un convencimiento ilustrado á la natural solidez y constancia de su carácter, sabria sostener y conservar su culto, aun en medio de los trastornos que pudiera acarrear la vicisitud de las cosas humanas, ó por decirlo mejor, su instruccion impediria y cortaria de raiz semejantes turbaciones.

Con estos deseos y estas esperanzas me dediqué á poner estas cartas, persuadido de que pueden ayudar al fin que me propongo, y cuando menos excitar á otros á mejorar mi pensamiento. Yo no tengo la ridicula mania de autor; lo que deseo únicamente es ser útil, y por eso he ingerido en ellas algunos pasajes del libro ya citado. Yo no aspiro sino á hacer conocer la solidez y la hermosura de la religion á una nacion que amo, y me parece que este es el mejor camino para precaverla de los prestigios de la política destructora de nuestros días. Por otra parte, creo que pueden ser útiles á toda especie de lectores, porque los principios y máximas que se siembran en ellas, se derivan de la fuente pura del Evangelio; y el agua que mana de este divino manantial, es necesariamente saludable, es la única corriente en que el alma puede beber los bienes de

que el hombre es capaz en la tierra, la paz del corazón y el reposo de la conciencia.

Estas memorias contienen tres partes: la primera es el tiempo de las ilusiones del filósofo, sus disputas con un eclesiástico docto y piadoso, y al fin su convencimiento. En ella se exponen los sofismas de la falsa filosofía, las respuestas del eclesiástico y las incontrastables pruebas con que este le convence de la divinidad de la religion. Esta parte debe aprovechar á todos, porque los que la saben pueden refrescar las especies y tendrán aquí reunido lo que les será preciso buscar en muchos libros; los que las ignoran las aprenderán fácilmente y tendrán el inefable consuelo de saber (que es la mejor manera de creer) que la religion en que viven viene de Dios, y que le deben el inapreciable beneficio de conducirlos por el verdadero camino de la felicidad.

Mientras se hagan otros libros elementales y mejores, considero serán útiles estas cartas, y aun después de hechos siempre lo serán á cierta clase de gentes.

La segunda contiene lo que hizo el filósofo por consejo del eclesiástico para salir del abismo y entrar de nuevo en el buen sendero. Esto no puede dejar de ser útil tanto á los que quieren volver de la incredulidad á la fe, como á los que deseen reformar sus costumbres y empezar una vida cristiana.

La tercera expone lo que practicó el filósofo para desempeñar el cumplimiento de las obligaciones propias de su estado y el ejercicio de las virtudes civiles. Como era hombre rico, que por su nacimiento tenia una casa que gobernar, hijos, tierras y basallos, le fué preciso ocuparse en cumplir con la administracion de todos estos cargos. Sus ejemplos pueden ser útiles á los que se hallan en las mismas circunstancias, mostrándoles el uso que deben hacer de sus bienes, y esta parte no es la menos importante, porque si los mas distinguidos de un Estado practicaran las virtudes que su situacion les permite y que la religion les prescribe, estimularian con su buen ejemplo todas las demás clases.

En estas memorias pueden ver que un hombre que nació con talento y muchos bienes de fortuna, mientras fué incrédulo y se abandonó á sus pasiones, fué malo, despreciable y no solo infeliz, sino que hacia tambien infeliz á cuanto dependia de él ó le rodeaba; pero que desde que tomó por regla al Evangelio, se transformó en un filósofo justo, amable, útil en todo para todos, que no solo consiguió ser feliz él mismo, sino que hacia felices á cuantos estaban en la esfera de su influencia; y que se le vió tan buen ciudadano, tan buen padre y tan buen amo, como habia sido malo cuando le gobernaba la filosofía del siglo: de modo que hallarán reunida la fuerza de la razon con la prueba práctica de la experiencia.

Bien sé que la incredulidad es una enfermedad terrible que resiste á todos los remedios; que el amor propio, el deseo de mostrar valor, el orgullo de manifestar un espíritu superior al vulgar, atropellan todas las fuerzas de la razon y hacen cerrar los ojos para no ver la luz; pero estas memorias les podrán mostrar que no hay honor ni buena filosofía en la incredulidad; que todo hombre de buen carácter; de juicio sano y de corazón honrado debe amar y respetar el Evangelio; debe desear su propagacion, y que su moral justo, dulce y razonable sea la regla de gobierno para todos los hombres; que todo el cuerpo de su religion y de su doctrina es la filosofía mas sana, la mas elevada y la mas útil; en fin, la única que puede hacer felices á los mortales, aun mientras habitan en la mansion transitoria de la tierra.

Estas memorias deben advertir á los pueblos del peligro á que se exponen si dan oídos á esas sirenas seductoras; deben despertar á los soberanos haciéndoles ver que no puede ser estable ni tranquila la duracion de sus imperios si no preservan á sus pueblos de este fatal contagio, y que el mejor preservativo es extender en ellos la instruccion y el estudio sólido y convincente de la verdad de la religion.

Ellas les harán conocer que la firmeza de los gobiernos, la respetuosa obediencia de los vasallos y la felicidad de todos depende del amor y respeto que se tiene á la religion, y que estos sentimientos no pueden nacer en los corazones cuando su fe es incierta, vacilante y poco segura, pero que la persuasion de la verdad del cristianismo y la adhesion á sus máximas cuando se siguen con la exactitud de su pureza primitiva, son el resorte mas seguro, el impulso mas poderoso que puede dirigir un corazon. En fin, verán que la incredulidad todo lo atropella y trastorna, pero que tambien la supersticion todo lo corrompe y envilece, y que solo el Evangelio es la regla que puede producir la felicidad universal.

Los incrédulos verán tambien en ellas que se engañan mucho cuando imaginan que el medio de ser felices en la tierra es sacudir la fe, para sacudir con ella la severa ley del Evangelio. Que lean y vean la diferencia del filósofo incrédulo al filósofo cristiano; que aprendan allí que aquel que por huir de las amenazas de la religion busca en la incredulidad un sosiego que no le puede dar, se hace mucho mas infeliz que aquel que por contentar sus pasiones se deja seducir por los halagos de una falaz filosofia, acumulando errores y delitos, no hace mas que cercarse de angustias y terrores; y que solo aquel que se echa en los brazos de la religion puede encontrar en ellos el sosiego del espíritu, la paz del alma y la dulce satisfaccion que dejan la práctica de la virtud y el ejercicio de la caridad!

Si por su dicha pudieran hallar en ellas la persuasion de estas verdades, tambien hallarian los medios para salir del abismo. El modelo del instruido y fervoroso director que les proponen, les enseñaria á buscar otro semejante que los pusiera en el mismo camino.

Estas son las intenciones que hacen publicar este libro, que además de ser verdaderamente filosófico, levanta el alma á los objetos sublimes de la religion, y en su contexto las luces de la sana razon, de la buena filosofia y la experiencia fortifican las consideraciones de la fe, la voz de la naturaleza se junta con la del Evangelio para convencernos de lo que el universo entero nos predica; esto es, que nosotros existiremos cuando el mismo universo dejará de existir.

Me parece que en él se exponen el espíritu y la doctrina de la fe con bastante profundidad, para que no la deban desdeñar los que quieren hallar en todas las luces de la filosofia y de la razon; y que los puntos principales del cristianismo están presentados con la severidad y exactitud que requiere el carácter crítico y dificultoso del siglo.

Como no se habla en él sino de la doctrina del Evangelio, y que es imposible exponerla sin recordar los indelebles y primordiales principios de la razon, es preciso que se halle en él la sola filosofia verdadera, la única útil, la que solo puede alumbrar nuestra ignorancia y consolar nuestra miseria.

En una palabra, este libro me parece edificante, pero sin soltar un momento la razon de la mano; devoto pero sin dejar jamás de ser filosófico. El cristiano sencillo le encontrará sólidamente religioso, y los que se precian de críti-

ca y buen gusto podrán mirarle como una produccion razonable y provechosa; por lo menos podrá servir de estímulo para que otros conociendo la importancia, le mejoren.

Así, á pesar de los defectos que puede tener en su forma y estilo, estoy seguro de que su lectura puede ser útil á muchos; porque este libro no hace otra cosa que aclarar y extender los pensamientos del libro que nos vino del cielo, del mejor libro que ha caido en las manos de los hombres, de aquel libro en que Dios nos dictó nuestras obligaciones y nos reveló los destinos futuros; de aquel libro que llena el corazon de luces y de esperanzas; del Evangelio, en fin, que contiene el arte de ser felices en la tierra, y que enseña á adquirir la gloriosa inmortalidad. ¡Dichoso yo si con tan ligero trabajo consigo propagar verdades que desengañen á algunos y que hagan á otros virtuosos y felices!



INVOCACION.

¡Oh Dios del tiempo y de la eternidad! Tú eres el solo que existe por sí mismo; tú eres el único que es grande y excelente por su propia naturaleza; tú eres la fuente incorruptible de donde se deriva todo lo bueno, verdadero y útil; el manantial inagotable de lo que merece ser deseado en la tierra y en el cielo. ¡Con qué placer, con qué delicia mi alma te reconoce, te admira y adora, como la única fuerza que sostiene el universo, como la única sabiduría que regla sus movimientos, como el solo fanal que ilumina mis tinieblas, mostrándome el último destino de mi existencia, y enseñándome el uso de los bienes y males de esta vida!

¡Oh Dios mio! eterno y soberano principio de todas las inteligencias, ¡qué consuelo sienta mi corazón cuando postrado ante el trono de tu inmensa Majestad, reconoce el divino seno de que has salido, y cuando considera que presto volverá á unirse con él, sumergiéndose en el insondable piélago de tus esplendores y tu gloria!

Qué, ¡mi Dios? ¿yo seré eterno como tú? ¿tú eres la medida interminable de mi duración y el modelo de mi existencia? ¿no es delirio de mi orgullo, que yo nací destinado á vivir contigo aun después de la ruina de los imperios, de la destrucción de las grandezas, de la aniquilación de las pasiones, de la extinción de los astros, y cuando ya toda esta máquina visible haya vuelto á entrar en la noche tenebrosa de su destrucción? ¿Es verdad que á pesar de todas las vicisitudes con que tu providencia puede probar mi vida, si me mantengo constante en amarte y servirte, me veré irrevocablemente incorporado en la sociedad de tu reino y de tu gloria? ¡Qué pensamiento! ¡qué esperanza!

¿Dónde estás, hombre, cuando no estás contigo mismo, cuando buscas otra gloria que tu propia grandeza? ¿Qué puedes encontrar fuera de tí que valga mas que lo que puedes ser? ¿de qué te aprovecha esa inquietud de tu imaginación, esa turbación de pensamientos, esa infatigable variedad de deseos? ¿qué puede ganar tu corazón con todo ese estruendo de tu orgullo? ¿qué esperas hallar en esos espacios en que corres siempre vago y nunca satisfecho?

Si quieres ser feliz, busca á tu Dios, que nunca está lejos de tí. Toda la naturaleza te lo muestra, toda ella canta su santo nombre; pero tú no lo escuchas porque el tumulto

de tus pasiones te ensordece. Desciende á tu corazón, allí habita y allí te hablará con mas intimidad; pero tú no puedes oírle, porque siempre andas huyendo de tí mismo. Sus incesantes dones te indican la mano de donde vienen; esa vida en que te desconoces te prueba su amor, pues que te la conserva. Tú duermes tranquilo, reclinado en su seno paternal; pero olvidando la mano protectora que te sostiene, te entregas á los delirios de sueños engañosos que te halagan con tan falsas ilusiones.

Una flor te interesa, la amenidad de un campo te complace, todo lo ingenioso te admira, todo lo hermoso te agrada, y tú atento y curioso todo lo reconoces, todo lo examinas; lo único que se te esconde, es el gran poder que ha sabido criarlo. Parece que la misma hermosura de los objetos es el velo que te encubre la mano que los hizo; porque detenido en el embeleso con que los gozas, te olvidas de su autor: la luz que debía alumbrarte es la que mas te ciega; fijas los ojos en los beneficios y nunca los levantas para reconocer al bienhechor. ¡Deplorable mortal! tú no ves mas que fantasmas, y sola la verdad te parece ilusion.

¡Desdichado de tí! pues esclavo de tus errores y abandonado á tus sentidos, vives sin Dios, sin esperanzas ni consuelos. ¡Oh Dios mio! ¡dulce Dios! ¡dichoso únicamente el que te adora y busca! ¡Mas dichoso el que te halla, cuando tu blanda mano enjuga su amoroso llanto y le llena el pecho de ardores fervorosos! ¡Pero cuál será aquel dia sin noche en que tu luz indeficiente brille á nuestros ojos é inunde nuestros corazones con el torrente de sus delicias inefables? ¡Dios de bondad! mis entrañas se estremecen con tan sublimes esperanzas, y mi alma exclama en el ardor de sus deseos: ¡quién como tú, Dios mio?

Tú, Señor, me has inspirado á hablar de tí y de las riquezas de tu gracia; tú sueles mostrar el poder de tu influjo en la debilidad del instrumento; tú sabes el motivo que dió impulso á mi celo; penétrame pues de tu ardor divino; préstame tu auxilio para que pueda mostrar tu luz á los ojos débiles que se deslumbran con los mismos resplandores de la fe, para que desangañe á los incautos, que con afán inútil y penoso buscan una felicidad que no pueden hallar fuera de tí, y para que descubra á todos la abundancia, la soledad y la dulzura que encerró tu bondad en los tesoros de la santa religion.



CARTA I.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mio: Apenas llegué á esta casa despues de una muy larga ausencia, cuando me entregaron una carta tuya muy atrassada. ¡Qué vivas y diferentes impresiones ha producido en mi corazón! ¡Cuántos recuerdos tiernos! pero ¡ay! cuántas memorias dolorosas! Si, las sienes de nuestra dulce amistad, tan antiguas como nuestra cristianidad, me han despertado las sensaciones mas dulces y caritativas. ¡Oh! qué cruces y voraces han sido los recuerdos de mi corazón con la memoria de tantos años como hemos malogrado, ocupándonos en delitos, cuyo recuerdo me causa horror, y de que quisiera verte tan arrepentido como yo lo estoy!

Este estilo debe parecerse muy extraño, y quizá pasará la primera sorpresa, te reírás, me creerás en delirio y me verás con lástima. No esperabas seguramente que te hablase así el cómplice, el compañero y aun caudillo de nuestra desordenada conducta. Digo el caudillo, porque aunque todos los amigos que formábamos nuestra desenfrenada sociedad hemos vivido hasta aquí sin regla ni razon, habiendo perdido toda idea de religion, todo temor de Dios, y sin pensar mas que en satisfacer á nuestras pasiones y sentidos; debo confesar que Manuel y yo éramos los peores entre todos, y los dos éramos, digámoslo así, las cabezas de la banda; éramos los mas fecundos en inventar ideas detestables, que cuando eran mas delincentes nos parecian mas deliciosas; en fin, éramos los mas impíos, los mas disolutos y atrevidos, que proponiamos, alentábamos y haciamos ejecutar los mas horroresos y execrables excesos.

¡Cuánto debe sorprenderte que este hombre, tu amigo desde la niñez, que conoces tanto, que has sido testigo y casi discípulo de su disolucion y su impiedad, que ahora tres meses te persigue para acabar de corromperte y ora el único escudador de los que lo conocen, pueda en tan corto intervalo haberse mudado tanto, que se atreva á escribirte en un lenguaje, que á no ser tan serio seria ridi-

culo, y que aun puede parecerse tal porque todavía estás embriagado con las falsas daluznas del mundo y sus errores.

¡Pero ay, amigo! en el corto intervalo de estos tres meses, en que tú me has visto, yo he visto mucho, yo he oido mucho. He corrido países inmensos; he viajado por tierras dilatadas; he atravesado abismos desconocidos; he descendido al infierno; he subido al cielo, y por fin he bajado por las inmensurables regiones que empiezan con el tiempo y acaban por esconderse en la eternidad. Teodoro mio, ¡cuántas cosas he aprendido que ignoraba! ¡de cuántos errores he salido! ¡cuántas ilusiones y extravíos de mi espíritu se han disipado! ¡cuántas tinieblas que me tenían ciega el alma, han desaparecido! ¡cuántas nuevas verdades he visto! Yo me figuro hallarme como un hombre que despues de haber pasado una larga vida en una oscura caverna donde no penetraba luz ninguna, sale de repente á ver al sol. ¡Ah, Teodoro! si supieras por qué medios, por qué vias me ha conducido la Providencia á esta region de luz y felicidad que me era tan desconocida, ¡cómo admiraras las divinas misericordias, y cómo podrías ser que á pesar de la oscuridad en que vives, quisieras aprovecharte de ellas!

¡Pero, amigo, no te considero ahora en estado de entender, y menos de gustar la mayor parte de las verdades saludables con que se ha dignado el cielo ilustrarme; espero que algún dia llegue el momento de piedad que te reserva. Cuando su bondad se ha compadecido de mí, el peor de los hombres, espero alcanzará tambien á tu oscuridad, meo malo que el mío; pero mientras llega esta dia de misericordia que yo imploré en tu favor, quiero proponerte una verdad sola, porque es mas proporcional á tu situación y mas conforme al deseo inquieto con que nos agitamos para ser felices: si, Teodoro, tú, Manuel, yo, ouantos componian nuestra sociedad, y cuantos hombres elegimos esclavos de sus pasiones, no buscamos la satisfaccion que pro-